

# el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

**Suplemento al  
Nº 21 - Febrero de 2021**

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ;  
1'5£ América del Norte: US \$ 2  
América Latina: US \$ 1'5

## **Covid-19: un año de tremendas confirmaciones. Los gobiernos burgueses de todos los países tienen como objetivo, ante todo, salvar la economía nacional.**

### **¿Las consecuencias mortales de la pandemia? ... ¡daños colaterales!**

En el comunicado de prensa a los lectores del pasado 11 de marzo (disponible en [www.pcint.org](http://www.pcint.org)), escribíamos:

“Ante la epidemia de Covid-19, la burguesía ha tomado una serie de medidas restrictivas excepcionales que nunca antes había tomado en casos similares. La burguesía, condicionada por un modo de producción propio que apunta esencialmente a la valorización del capital mediante la explotación salvaje de las energías físicas, nerviosas y sociales del proletariado y de los estratos más débiles de la población de cada país, y en su imposibilidad congénita de estructurar la sociedad con una prevención eficaz dirigida a salvaguardar la salud de la humanidad en su vida económica y social, así como es incapaz de racionalizar la economía capitalista para armonizarla con las necesidades de la vida social humana y con la naturaleza, llevando a toda la sociedad a situaciones de crisis cada vez más devastadoras, tampoco puede hacer frente a los eventos naturales: terremotos, tsunamis, inundaciones, epidemias, cambio climático, etc. - con métodos y medios capaces de reducir drásticamente los efectos negativos y fatales de estos eventos. La ciencia y los descubrimientos científicos, que jugaron un papel tan importante en el desarrollo de las fuerzas productivas en la era revolucionaria en la que la burguesía, con el aporte fundamental de las masas proletarias y campesinas pobres, demolió violentamente las antiguas y obsoletas formas de producción feudales, de la propiedad y la gestión social, se han inclinado inexorablemente a los intereses del lucro capitalista y al mantenimiento de las relaciones de propiedad y producción que garantizan la dominación de clase del capital y, por tanto, de la burguesía».

Una dominación de clase basada en relaciones de producción y propiedad a través de la cual la clase burguesa, dueña de los medios de producción y reproducción social, ha sometido a la gran mayoría de la población humana a condiciones que le permiten sobrevivir única y exclusivamente bajo régimen del trabajo asalariado, la forma más moderna y universal de explotar el trabajo humano para valorizar el capital.

La clase dominante burguesa, también condicionada por el poder social que representa, el capital y el modo de producción capitalista, persiste en su dominación social gracias sólo si actúa al servicio del capital y sus leyes, sólo cuando la vida humana está regulada por el intercambio mercantil y solo si la producción social satisface las necesidades del mercado.

Todo se transforma en mercancía, desde la comida a las relaciones sociales, desde el conocimiento a la vida individual; las actividades, acciones, pensamientos y relaciones interpersonales se conforman a las demandas del lucro capitalista; toda organización social, toda institución tiene como objetivo la defensa del régimen capitalista. Por tanto, es natural que el poder burgués exprese, a través del Estado y todas sus ramificaciones periféricas, políticas,

administrativas y militares, la necesidad de que la población de cada país, especialmente en un periodo de crisis económica y social, se doble a las necesidades de la estructura económica existente.

El mercado, por tanto, el lucro y sus leyes sobrepasan la vida social, sobre la vida de cada ser humano, cuyo bienestar, cuya salud, no es lo esencial sino lo accesorio.

Y la demostración más evidente de esta realidad es la situación de crisis económica, crisis de salud o crisis de guerra, situaciones de crisis que el propio desarrollo capitalista tiende a superponer y de las que, inevitablemente, los grupos económico-financieros más poderosos y los estados más fuertes obtienen el mayor beneficio al someter o aplastar, en una competencia cada vez más feroz, grupos y estados opuestos.

La crisis de salud que estalló este año por la epidemia de coronavirus se superpuso a una crisis recesiva que ya estaban sufriendo varios países imperialistas, y a situaciones de conflictos bélicos y de guerra que continúan sacudiendo muchas zonas del planeta, especialmente en el Medio Este, África, Asia Central y América Latina. En el mundo del capital no hay paz, sino como tregua entre dos guerras.

De hecho, todos los burgueses han adoptado símbolos e imágenes de guerra para caracterizar este 2020, el año del Covid-19, «Estamos en guerra», «guerra contra el coronavirus», «guerra contra el enemigo invisible», son los gritos y alarmas que disparan, de China a Italia, desde Gran Bretaña a Estados Unidos y Brasil, desde Australia a la India. En tan solo unos meses, la pandemia *Sars-CoV2* ha dado la vuelta al mundo, y a esos gritos se agregó la frase categórica: «¡Nada volverá a ser igual!»

Ante la falta crónica de una verdadera prevención de la salud en defensa de la salud pública, el agotamiento sistemático de los recursos destinados a la salud pública en favor de la salud privada, el condicionamiento de la investigación de cualquier rama de la ciencia por el lucro capitalista, la tendencia irreversible del capitalismo a explotar cualquier recurso humano y natural en beneficio del capital y su mejoramiento y en contra de las necesidades vitales de la gran mayoría de la población mundial, el «nada volverá a ser como antes» suena como una perspectiva absolutamente negativa hacia la que lamentablemente se ha conducido a la humanidad.

La única respuesta con la que la ciencia burguesa intenta combatir las epidemias es producir vacunas con las que mitigar la letalidad de los virus o bacterias que están en el origen de las enfermedades. El interés capitalista prevalece sobre el interés de la ciencia, por lo que las investigaciones y experimentos que puedan obtener una ganancia extraordinaria y rápida se financian en detrimento de otras que no garantizan esas superganancias.

Es obvio que solo los grandes grupos químico-farmacéuticos

## COVID 19: un año de tremendas confirmaciones (viene de la pág. 1)

tienen el capital necesario para esas investigaciones y experimentos, ya que está en su naturaleza capitalista no solo asegurar una salida en el mercado, sino poner en marcha todos los estímulos necesarios para ampliar el mercado de influencia. Si la epidemia es limitada y afecta a un área limitada, el interés «científico» de los grandes grupos químico-farmacéuticos es naturalmente limitado y, en consecuencia, la financiación para la investigación, los ensayos y la producción de las vacunas relacionadas es limitada; si, por el contrario, la epidemia se propaga o se permite que se extienda por vastos territorios, continentes o por todo el mundo, entonces el interés capitalista aumenta dramáticamente.

¿Cómo se transmiten el ébola, el VIH, el SARS, el sarampión, la viruela y la poliomielitis? A través del contacto físico, viviendo en el mismo ambiente animal y humano en el que se forman los virus, respirando el mismo aire; existen virus raros que se transmiten solo entre humanos, como la viruela y la polio, mientras que la gran mayoría de los virus que se propagan entre animales salvajes y mascotas llegan a los humanos a través de una serie de «saltos» de un animal a otro hasta alcanzar al hombre gracias a las posteriores mutaciones de las que son capaces estos microorganismos. Cuanto más viven los hombres en entornos superpoblados e higiénicamente insalubres, más expuestos están a la infección. Cuanto más hombres, que forman parte del grupo que ha infectado un virus, se mueven al entrar en contacto con otros grupos de hombres, más se propaga el virus, viaja de un pueblo a otro, de una ciudad a otra, de un país a otro, de un continente a otro. La velocidad de difusión depende de la mayor o menor movilidad de los hombres infectados y del tiempo más o menos largo de movimiento de los infectados. La denominada epidemia «española» (1918-1920) tardó alrededor de dos años en extenderse de América a Europa (gracias al desplazamiento de tropas comprometidas en la guerra mundial); Sars-CoV2 tardó unos meses en extenderse por todo el mundo, gracias a los contactos comerciales que facilitan los viajes aéreos con los que, en 15 horas, se puede ir de Shanghái a Nueva York.

### ¿Cuál sería la forma de un vivir sano?

En primer lugar, no vivir hacinados y poco saludablemente, por lo tanto, evitar de antemano vivir en situaciones que faciliten la propagación de virus, ya sean específicamente humanos, como la viruela y la poliomielitis, o los que provengan de animales salvajes y que se propaguen fácilmente en áreas superpobladas, y donde se críen intensivamente bovinos, ovinos, pollos, porcinos, etc., o en los mercados donde se desollan y venden animales salvajes sin especial atención sanitaria. Al inicio de la enfermedad, que en un principio siempre afecta a un grupo relativamente pequeño de personas, la intervención médica puede ser eficaz si está respaldada por el conocimiento más extenso de los elementos patógenos en el mundo, por una organización hospitalaria adecuada en términos de instalaciones, equipamiento, personal, y conectado internacionalmente, por una medicina local actual y eficiente y todo, obviamente, libre de cualquier interés de lucro capitalista.

En particular, si la enfermedad es causada por un patógeno desconocido o poco conocido, se debe dar todo el apoyo y el tiempo necesarios a la investigación y la experimentación, incluso si hay pocas personas afectadas, y, por supuesto, de forma aislada y máxima protección a los enfermos y al personal sanitario. Por otro lado, las investigaciones ya realizadas sobre múltiples tipos de virus, su transmisibilidad y virulencia, y los experimentos ya realizados en el campo, han llevado a un nivel de conocimiento suficiente para comenzar a intervenir en la organización de la vida social humana con el fin de reducir la letalidad de los virus a números ínfimos, sabiendo además que los virus son microorganismos más antiguos que el hombre con los que el hombre -como cualquier ser vivo, vegetal o animal- debe convivir.

No hay posibilidad de que un día el hombre sea capaz de vencer por completo a cualquier tipo de virus o bacteria que el medio ambiente produzca y que este produzca continuamente cambiando sus

características, su forma de comportarse, eliminando algunas variantes que serán reemplazadas por otros tipos modificados, más agresivos o más resistentes. Sin embargo, existe la posibilidad de que, en un futuro lejano, la organización social del hombre desarrolle el conocimiento de las formas de vida que existen y existirán en la tierra con el fin de poder utilizarlas para sus propios fines y hacer aquellas, más peligrosas, raramente letales de lo que son en la era capitalista. Pero la organización social humana que podrá afrontar así la vida nunca será la capitalista, que se fundamenta en la división en clases de la sociedad, y en las relaciones de producción y propiedad capitalista. Estamos hablando de una sociedad completamente nueva, de la sociedad socialista y su posterior desarrollo en la sociedad comunista, es decir, de la sociedad que transformará la economía mercantil y capitalista en una economía social destinada a satisfacer en armonía las necesidades vitales de la humanidad, con las del medio natural y no con las del mercado.

Por tanto, la historia humana sólo puede comenzar después de haber superado por completo las épocas históricas de las sociedades divididas en clases que se han sucedido hasta la sociedad capitalista; y por historia humana no nos referimos a la historia del desarrollo del individuo-hombre, sino a la historia de la especie humana en el medio natural. Un entorno que la burguesía tiende objetivamente a destruir más que a conocer; y cuando profundiza su conocimiento es sólo para explotarlo con fines de lucro capitalista, es decir, en última instancia, para destruir cualquier relación orgánica entre el hombre y el medio ambiente (basta con considerar la contaminación atmosférica, la del suelo y los mares, la progresiva cementificación del suelo, deforestación sistemática, hacinamiento gigantesco de hombres en metrópolis apestosas, etc.).

Ante toda epidemia, sobre la base del conocimiento científico del momento - condicionado inevitablemente por las relaciones de producción y propiedad existentes - existía una tendencia, desde la antigüedad, en primer lugar a separar a los infectados, a los enfermos de todos los demás, aislándolos, se intentaba establecer los síntomas de la enfermedad para reconocerlos en todos los infectados y se intentaba identificar las causas que la habían causado.

A partir de estas primeras evidencias, se intentaba encontrar remedios, probando y volviendo a intentar las más diversas formas de intervención con resultados generalmente pobres, tanto como para esperar a que la infección epidémica cesara por sí sola y explicar el fin de la epidemia como un milagro debido a algún suceso extrahumano y extraterrestre, a alguna divinidad a la que se han dirigido hombres particulares llamados hechiceros, exorcistas o sacerdotes, con ritos específicos, en nombre de toda la comunidad. La gran diferencia entre el conocimiento científico actual y el de la antigua Grecia, o el antiguo Egipto, está determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas y las organizaciones económicas y sociales que lo han acompañado a lo largo de la historia. Es precisamente el hombre, el que no se limita a recoger lo que produce la naturaleza y que, gracias a su capacidad para modificar el entorno en el que vive y actúa, busca doblegar los elementos naturales a su favor, experimentando con todo lo que atañe a su vida, su supervivencia, su organización social, su trabajo con el que produce un resultado diferente al que la naturaleza crea, base del conocimiento y, por tanto, gracias al desarrollo de pruebas y método incrementa el conocimiento inicial, que es la base de la ciencia.

Dado que la sociedad se ha desarrollado desde el comunismo primitivo a una sociedad dividida en clases, gracias precisamente al desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, de la economía, las clases dominantes, con la organización de las relaciones sociales y de propiedad, y con la violencia se han apoderado gradualmente de todos los resultados de ese desarrollo, incluida la ciencia.

Así, la ciencia, además de ser propiedad privada de la élite que posee el poder político y militar, se ha convertido en un arma de control social ya que su uso, y cómo se usa, puede depender de la fortuna, o no, de las clases dominantes.

En la sociedad capitalista, cualquier descubrimiento científico, cualquier avance en el conocimiento - más allá de la aleatoriedad del descubrimiento o de la organización específica de la investigación dirigida a objetivos predeterminados - tiene una implicación econó-

mica precisa: puede transformarse rápidamente en beneficio o en un elemento de cuya posesión por sí sola (y no importa si se usa o no) determina una ventaja en la competencia, o, en la medida en que sea interesante desde el punto de vista de la ciencia teórica, al no demostrar que posee las características mencionadas anteriormente, viene dejada de lado, se congela, se olvida.

En la sociedad capitalista, todo invento, todo descubrimiento, todo truco que pueda tener una implicación económica y comercial es patentable, es decir, está sujeto a la propiedad privada de la persona o empresa que lo patentó.

Nada en la sociedad burguesa está disponible gratuitamente para toda la comunidad humana y si excepcionalmente algo es gratuito, como el servicio de bomberos o el comedor o dormitorio para los pobres en los países capitalistas ricos, es porque la clase dominante quiere evitar que ante emergencias sociales particularmente impactantes -como un edificio en llamas o como masas de pobres que mueren en la calle de hambre y frío- haya reacciones incontrolables cuya represión podría ser más cara y menos aceptada por las masas, mientras que con esta especie de «compasión» el poder burgués viste su propio cinismo innato con un velo de humanitarismo con el que engañarlos.

En realidad, las potencias burguesas no tienen escrúpulos en masacrar con cansancio a miles de millones de proletarios, en tirarlos al pavimento cuando ya no pueden explotarlos o utilizarlos como carne de cañón en sus guerras; no hay escrúpulos en bombardear ciudades enteras, someter a fuego y espada pueblos enteros, dejar morir a cientos de miles de refugiados y migrantes en sus «viajes de esperanza» que huyen de la miseria y las guerras, deportar y encarcelar a millones de migrantes en campos de concentración, sometiendo a condiciones peores que aquellas de las que huyeron (¿no es suficiente el ejemplo de Libia?).

La ciencia burguesa más avanzada es siempre la aplicada al armamento militar y a las necesidades militares, como lo demuestran la energía nuclear e internet, cuya posterior aplicación en el campo civil ha multiplicado los beneficios ya producidos en campo militar. Por otro lado, en cuanto a la energía nuclear nunca hemos culpado de su poder destructivo al átomo, sino al uso capitalista del átomo; por lo mismo, de las vacunas no culpamos al virus que deben vencer, sino al uso capitalista de la investigación médica y farmacológica orientada no a cooperar con el organismo humano fortaleciendo su patrimonio inmunológico, sino a reemplazar este patrimonio por organismos genéticamente modificados, porque así lo impone el interés del lucro capitalista.

### ¿Cuál es el interés del beneficio capitalista con respecto a la enfermedad?

Cuanto más enfermedades hay que tratar, más medicamentos se venden. El negocio de las drogas se realiza solo si las enfermedades aumentan, aumentando así el número de personas enfermas, mejor aún si cada persona se enferma varias veces y con diferentes enfermedades. Los enfermos se convierten así en un mercado en el que se sumergen todas las empresas farmacéuticas que compiten entre sí, mientras que el desarrollo del capitalismo conduce a la concentración y centralización capitalista. Así se forman los grandes grupos, las llamadas multinacionales, las Grandes Farmacias del mundo que controlan no solo el grueso de la producción farmacéutica y su distribución, sino también la investigación. En definitiva, la salud pública, y por tanto los estados, dependen de estos grandes grupos que son capaces de suministrar medicamentos de todo tipo en grandes cantidades. Y, como en otras situaciones, una epidemia es bienvenida, incluso mejor si es una pandemia: el negocio de las vacunas alcanza niveles sin precedentes.

Y así, ante la perspectiva de una pandemia como esta de Covid-19, con decenas de millones de infectados y más de un millón de muertes registradas hasta el momento (y en el próximo año muchas más podrían hacerlo), por lo tanto ante la perspectiva de una vacunación masiva de cientos de millones de seres humanos, 58 grupos farmacéuticos han competido para producir y vender su propia vacuna (1).

Naturalmente, la competencia, cada vez mayor, ha empujado y

empuja a las empresas farmacéuticas a producir, en general, medicamentos cada vez más específicos, según el enfoque de la medicina burguesa que divide el cuerpo humano en muchas partes distintas, para cada una de las cuales se inventan medicamentos especiales que, de hecho, en la mayoría de los casos, se ocupan de los síntomas (por lo tanto, no curan) y no del origen de la enfermedad que, aunque se conozca, generalmente no se trata, como la cura real sería la prevención social, que sistemáticamente falta.

Si la prevención fuera el objetivo principal de la medicina y, sobre todo, una brújula social, y funcionara como un arte social del bienestar de la humanidad, la mayoría de las enfermedades que afectan al hombre, una vez erradicadas, dejarían de presentarse con la gravedad con la que se difunden hoy.

Y esto no gracias a vacunas particulares, sino a vivir sano en ambientes sanos y de forma sana, lo que no está permitido por la sociedad burguesa que se beneficia de las enfermedades, así como de los desastres, catástrofes y cualquier tipo de emergencia gigantesco.

Por otro lado, para demostrar que el modo de producción capitalista y, por tanto, la sociedad burguesa que se fundamenta en él, es totalmente inhumano, nos basta con el ejemplo de los asalariados que se ven obligados, no a vivir, sino a sobrevivir y alimentarse exclusivamente si los capitalistas les dan trabajo, es decir, sólo si explotan su fuerza de trabajo y durante el tiempo la explotan.

Cuando está enfermo, el asalariado se vuelve a poner en pie de alguna manera para que vuelva a ser explotado lo antes posible, y esto lo hacen los médicos ocupacionales que, casi siempre, tienen que dejar de lado su juramento hipocrático y cumplir con el juramento que se le hizo a Su Majestad el Capital: el bienestar de la economía, ante todo, a expensas del bienestar del hombre.

Enfermedades profesionales, accidentes y muertes en el trabajo, venenos y sustancias tóxicas que se respiran en el lugar de trabajo y en las ciudades, muertes retrasadas en el tiempo como las causadas por el amianto, el estrés, las más diversas formas de cáncer, o la pobreza y el hambre, todo esto es, de hecho, considerado por la burguesía como un «daño colateral» porque el bienestar de la economía, de la economía de cada empresa y de la economía nacional, es una prioridad. El capital, y no el hombre, está en el centro del desarrollo social.

### ¿Qué sucedió durante la epidemia de Sars-CoV-2, llamada epidemia de Covid-19?

China, donde estalló la epidemia de Covid-19, esperó unos meses antes de dar la alarma. El propósito de esta demora, nunca admitida, era ahorrar el mayor tiempo posible a su intenso tráfico comercial con el mundo y no colapsar su economía.

Una vez que se descubrió que este virus también se había extendido a Europa, Estados Unidos y el mundo, cada estado abordó la historia sobre la base del mismo principio: en primer lugar salvar la economía nacional, que capitalísticamente hablando significa salvar la economía, las ganancias, los negocios, las privilegiadas relaciones comerciales de su propia burguesía.

Incluso los gobiernos de los países que inicialmente tomaron en voz baja el peligro de esta pandemia, como los de Gran Bretaña, Estados Unidos de América o Brasil, y ridiculizaron a los gobiernos que empezaron a aplicar muchas restricciones hasta el cierre generalizado, cuando los muertos empezaron a ser miles, tuvieron que volver sobre sus pasos y copiar las medidas que en otros países ya se tomaban desde hacía tiempo. No es que esto haya salvado a estos o aquellos países de la propagación del Covid, ya que, al final, todos los gobiernos burgueses responden a las mismas leyes económicas.

La preocupación por salvar el buen desempeño de la economía no surgió de repente ante la epidemia de Covid-19, sino que viene de lejos y está presente sistemáticamente en la sociedad burguesa.

El buen desempeño de la economía encaja a la perfección con los negocios, con el interés personal y con el de los grupos burgueses que, aunque sea temporalmente, tienen poder de decisión política, especialmente en la administración pública que maneja el dinero público, por lo que también utilizan el hampa, que florece como nunca antes en situaciones de emergencia.

Dando por sentado, a estas alturas, que la falta de preparación

## COVID 19: un año de tremendas confirmaciones (viene de la pág. 3)

general de cada país para reconocer esta epidemia y enfrentarla con medios que se supone están al alcance de cualquier país capitalista-mente avanzado, era inevitable que todos los gobiernos, tarde o temprano, tuvieran que recurrir a remedios y medidas de emergencia que -como hemos dicho desde el inicio de la crisis sanitaria- han tenido como principal objetivo no la salud de la población, sino el control social de la burguesía.

Más allá de que las medidas adoptadas por los gobiernos hayan sido y sigan siendo las correctas para limitar la propagación de infecciones y la letalidad del Sars-CoV-2 -que no lo es, según los datos que los propios institutos burgueses de estadística de los diversos estados prevén (al 27 de diciembre)-, cada gobierno ha perseguido exactamente los mismos objetivos: defender la economía nacional tanto como sea posible y aplicar un control social mucho más estricto de lo que hubiera sido posible en situaciones que no fueran de emergencia.

Los casi 81 millones de infectados y 1,8 millones de muertes se registran cínicamente como el precio pagado en la «guerra contra el coronavirus» (algunos ejemplos: EE.UU., casi 19 millones y medio de infectados, 340 mil muertos; Europa + Rusia, unos 28 millones de infectados, más de 596 mil muertos; Asia, unos 18 millones de contagiados, casi 308 mil muertos, etc.): una «guerra» que nunca se libró realmente contra el virus, que sigue siendo un completo desconocido, sino contra los hombres y del que la principal culpable es precisamente la clase burguesa dominante.

En algunos casos, como en China, Corea del Sur, Japón (de los datos oficiales proporcionados por estos países que tomamos, como todos los demás datos, *con pinzas*, también porque entre las muertes registradas como víctimas de Covid-19 en verdad en muchos casos también se registran quienes tenían patologías previas graves), parece que las medidas de aislamiento, intervención médica, organización sanitaria y protección individual, han dado muchos menos resultados que en el resto de países del mundo (en China, donde primero estalló la epidemia, frente a 88.933 infectados, hay 4.634 muertes; en Corea del Sur de 56.872 infectados hay 808 muertes en Japón contra 218.467 infectados los muertos serían 3.062). Últimas noticias, de tg24.Sky.it, del 29 de diciembre, Rusia admite que las víctimas son más del triple de las denunciadas al (27.12.2020 el número de víctimas comunicadas era 54.091): se espera también de China, Corea del Sur y Japón admita las mismas cifras...

No hace falta decir que el impacto negativo de la epidemia sobre el crecimiento económico también ha sido diferente en China y en otros países. Según las previsiones del FMI, China, entre los principales países además de India, cerrará 2020 con un PIB positivo (+1,2%) y marcará un +9,2% en 2021, mientras que todos los demás competidores globales cerrará 2020 con un resultado fuertemente negativo (EE.UU. -5,9%, Alemania -7%, Japón -5,2%, Reino Unido -6,5%, Francia -7,2%, Italia -9,1%, España -8%, Rusia -5,5%, Brasil -5,3% etc.). Para India, como decíamos, el FMI espera un cierre para 2020 en +1,9%. En cuanto a las previsiones de 2021, frente a la cifra fuertemente positiva de China, y el +7,4% de India, el resto de competidores mundiales marcarán, según el FMI, un aumento decididamente menor (EE. UU. +4,7%, Alemania +5,2%, Japón +3%, Gran Bretaña +4%, Francia +4,5%, Italia +4,8%, España +4,3%, Rusia +3,5%, Brasil +2,9%). Estos incrementos no les permitirán recuperar por completo las pérdidas de 2020, lo que sugiere no solo la continuación, durante varios años, de la crisis económica ya iniciada en 2019, sino también una mayor presión sobre su proletariado nacional, como de los efectos de esta crisis. Las dificultades que encontrarán todos los grandes países capitalistas aumentarán notablemente tanto a nivel económico y financiero, con deudas que también están destinadas a aumentar, como a nivel de relaciones entre Estados.

Los factores de contraste se intensificarán en todas las áreas del mundo: en el área del Pacífico igual que en Europa, en el área del Medio Oriente como en el Océano Índico, en las áreas del Caribe y América del Sur como en el Mediterráneo, en el norte de África, en el

Cuerno de África y en el África subsahariana, en el Golfo Pérsico como en el Asia Central. Todos los grandes países imperialistas, inevitablemente, están y estarán involucrados, porque no hay área en el mundo, desde el Ártico hasta la Antártida, ajena a sus intereses. Aunque no todas las potencias imperialistas, para defender sus intereses específicos por todos los medios, incluidos los militares, están preparadas para una guerra a escala global, basta pensar en Alemania y Japón, que todavía están afectados por limitaciones en términos de armamento provenientes de la derrota en la Segunda Guerra Mundial, y en la propia China, que sólo recientemente ha comenzado a adquirir un ejército, esto no significa que no piensen en ello y que no se preparen industrial, organizacional y socialmente, para la movilización general en vista de una futura guerra mundial.

Así como las guerras locales son, además de oportunidades formidables para la industria armamentística de cada país para vender sus productos, ocasiones para que cada potencia involucrada ponga a prueba sus capacidades militares, la rapidez y efectividad de su intervención; del mismo modo, la crisis de salud se presenta como una oportunidad para que las potencias burguesas de cada país pongan a prueba la respuesta interna del proletariado a las medidas «bélicas», al mismo tiempo que prueban el tipo de reacciones que pueden surgir socialmente.

Obligar a los proletarios a ir a trabajar a pesar de las restricciones adoptadas y en condiciones de dificultad para viajar, de saneamiento del lugar de trabajo, en ausencia de una adecuada protección individual y bajo el chantaje de perder sus puestos de trabajo, significa entrenar al proletariado para ser explotado y obedecer en nombre de los objetivos económicos y sociales definidos como esenciales más allá de cualquier interés y reclamo específicamente de la clase trabajadora; significa acostumbrar a los proletarios a condiciones de penuria, excepción y peligro que mañana, en situación de guerra, se convertirán en norma.

La suspensión forzosa de las famosas «libertades individuales» proporcionadas por las constituciones y presumidas por los regímenes democráticos como el *non plus ultra* de la civilización moderna, debido a la emergencia del coronavirus, la aparición del terrorismo islámico o la agresión militar de un estado enemigo, es una muestra de lo que ya está sucediendo en muchos países (piense solo en China, Rusia, Turquía, Egipto, solo por nombrar algunos) y que mañana sucederá en todas partes en caso de una guerra mundial. El proletariado tendrá que reconocer que no es un objetivo casual o secundario de las políticas de control social, y deberá plantearse el problema práctico de cómo organizar no solo la resistencia a la presión y la represión burguesas, sino también la defensa de sus propios intereses de clase para imponerse a su principal enemigo: la burguesía en casa.

### **Ante el virulento ataque del nuevo coronavirus - favorecido naturalmente por la ausencia de prevención, por la desorganización sustancial de la salud pública y por la ignorancia de los gobernantes - ¿Qué han hecho las potencias burguesas de cada país y qué están haciendo?**

Han aprovechado la oportunidad que les brindaba esta epidemia, por su contagio y letalidad, y por el temor especialmente extendido y magnificado ante este «enemigo invisible», para incrementar el control social sobre la población en general y, en particular, sobre el proletariado.

El insistente llamado a luchar «todos unidos» contra el coronavirus, apoyado en la propaganda dominante, con medidas restrictivas y de confinamiento similares a las tomadas en tiempos de guerra, con la movilización de todas las fuerzas del orden y el ejército, es parte de la política de colaboración entre las clases que llevan décadas implementando todos los gobiernos burgueses de todos los países, pero que, en este caso, pretende actuar como preparación para una guerra no tanto contra un «enemigo invisible» como es el virus, como frente a un enemigo muy visible que se identificará, tarde o temprano, en un Estado enemigo, o en varios Estados enemigos, que serán combatidos porque se les acusa de ser los «agresores» de turno, los agresores que ponen en peligro «nuestra libertad», «nuestra civilización», «nuestra» patria «. Cuando los burgueses usan el término

nuestro, lo hacen como lo hacía el rey usando el término nosotros, el famoso *pluralis maiestaticus*; tanto el rey como el burgués pretenden hablar en nombre del pueblo, y el engaño radica precisamente en el concepto de pueblo, donde no se distingue la división en clases de la sociedad. Tanto los reyes como los burgueses, al ser representantes de las clases dominantes, tienen la costumbre de hablar en nombre de todas las clases con el único propósito de estafar y engañar a las clases dominadas.

En la historia ha habido momentos revolucionarios en los que los reyes fueron destronados o decapitados (París 1789) y los burgueses, a su vez, expulsados del poder (París 1871, Petersburgo 1917) y derrotados en la guerra civil (Petersburgo 1918-1921). Momentos que no bastaron para cambiar por completo la sociedad, pero que marcan un rumbo en el que las fuerzas productivas, si se dirigen según la fuerza histórica que representan, avanzan inexorablemente hacia la culminación del conflicto de clases para el que el partido revolucionario proletario, por tanto el Partido Comunista sin adjetivo nacional, desde 1848 por Marx y Engels, está llamado a prepararse.

En cualquier caso, todo Estado burgués, para afrontar cualquier conflicto, especialmente las guerras, busca y necesitará la máxima «unidad nacional», objetivo que siempre ha perseguido con todos los medios políticos, sociales y militares. La historia de guerras anteriores lo demuestra claramente, ya que muestra que la única fuerza capaz de oponerse a la guerra imperialista, de luchar contra ella y de ofrecerle una alternativa real, es la fuerza de clase del proletariado. Por eso, a pesar de la confusa propaganda popular que utiliza tradicionalmente la burguesía gobernante, es el proletariado, la clase obrera asalariada, el principal objetivo de las preocupaciones burguesas. Si el poder burgués se encuentra contra su propio proletariado, es muy difícil que pueda obligarlo a hacer la guerra sin fuertes reacciones internas, y en cualquier caso, es muy difícil que pueda mantener plenamente los compromisos de guerra contraídos con sus aliados.

Los levantamientos contra la guerra en Alemania y la revolución proletaria en Rusia, durante la primera guerra mundial imperialista, muestran que el proletariado es la verdadera fuerza social capaz de poner fin a la guerra burguesa, colocándose en el terreno de la revolución, dirigiendo todas sus fuerzas para luchar en primer lugar contra la burguesía de su propio país para conquistar el poder político, derrocando así al estado burgués -que es la expresión de la dictadura de clase burguesa-, y para establecer en su lugar su propia dictadura de clase, el estado proletario.

Aunque este objetivo de la lucha revolucionaria proletaria hoy parece distante en el tiempo, sin embargo, está siempre presente para toda burguesía dominante porque la historia también le ha enseñado que sus crisis económicas y financieras nunca serán superadas definitivamente, que la guerra entre los estados burgueses es una constante en el desarrollo de su sociedad, y que el proletariado es la única fuerza social que se opone a él, poniendo en peligro su poder. La burguesía, en cuanto clase dominante, debe someter a todas las demás clases y en particular a la clase proletaria, a sus demandas de clase. En un mundo ahora universalmente sometido a intereses interimperialistas en conflicto, y no importa en qué país y en qué continente ejerza su poder, la burguesía de cualquier país ya no puede estar al margen de las luchas competitivas y los conflictos resultantes.

Involucrada directa o indirectamente, cada burguesía nacional ya no puede permanecer junto a la ventana o «elegir» hacerse a un lado, en paz, para luego disfrutar de las ventajas derivadas del fin de la guerra «de los demás». El desarrollo imperialista del capitalismo ha dado lugar a un mercado en el que todos los países están necesariamente involucrados, como actores principales o no. Pero, en los países capitalistas más ricos, la burguesía ha extraído otra lección importante de la historia de las luchas de clases: en el plano económico y social le conviene más satisfacer alguna petición del proletariado porque así suaviza, al menos en parte, los factores de conflicto social.

Las famosas redes de seguridad social han demostrado y demuestran, al silenciar algunas de las necesidades vitales del proletariado, como mantener al proletariado en el camino de la colabora-

ción de clases y al mismo tiempo contribuyen a dividir al proletariado en muchos estratos sociales diferenciados, algunos más privilegiados que otros.

Y sabemos desde el Manifiesto del Partido Comunista de Marx-Engels que la competencia entre los propios trabajadores es el arma con la que la burguesía logra dominar no solo al proletariado por más tiempo, sino también la causa por la cual la organización del proletariado en clase, por lo tanto, en un partido político, está continuamente dividida.

La unidad nacional, a la que apela la burguesía en toda situación de crisis y emergencia, como en la actualidad en la crisis desde el Covid-19, se opone en realidad a la unidad de clase del proletariado, porque esta unidad de clase significaría superar la competencia entre los trabajadores en sí mismas, significaría fortalecer la solidaridad de clase entre todos los proletarios sin importar a qué sector, categoría, género, edad o nacionalidad pertenezcan; la unidad de clase del proletariado expresa la fuerza de clase del proletariado, mientras que la unidad nacional expresa la fuerza de clase de la burguesía dominante.

La fuerza social del proletariado no es neutral; ni siquiera el proletariado puede «elegir» permanecer al margen mientras su propia burguesía «hace la guerra», porque la burguesía envía al proletariado a la guerra y son los proletarios los que son utilizados como carne de cañón. Aunque la tecnología moderna ha hecho grandes avances en la aviación, en la marina, en la guerra en tierra, es la masa de proletarios la que sufre las masacres más horribles porque la guerra ya no se libra solo en el frente de las trincheras, sino que se desarrolla en todos los territorios y, sobre todo, contra la población civil.

Para la guerra, la burguesía prepara al proletariado no solo usando su propia fuerza económica y política, inculcando el miedo a un enemigo extranjero agresivo, sino también usando la política de colaboración de clases para la cual las capas pequeñoburguesas y de la aristocracia obrera son siempre muy activas, es decir, los estratos sociales que la burguesía corrompe defendiendo, al menos en el papel, su pequeña propiedad, sus pequeños bienes y sus pequeños privilegios sociales.

La burguesía no puede prescindir de la explotación de la mano de obra asalariada, por muchas invenciones técnicas o, como decimos hoy, tecnológicas, logre aplicar a su sistema de producción y distribución. ¿Porque? Porque el origen de la valorización del capital no está tanto en la venta de productos como en el «tiempo de trabajo no remunerado» al asalariado; este tiempo de trabajo no remunerado se transforma, en el origen del proceso productivo, en *plusvalía*, es decir, en un valor suplementario que el capital no puede obtener simplemente transfiriendo su valor inicial al producto final.

El capital no se autovaloriza, ni en el mercado ni en la bolsa de valores: su valorización se produce mediante la explotación del trabajo asalariado.

Es por eso que el proletariado, es decir, la clase obrera asalariada, es el verdadero productor de riqueza social.

La burguesía, en cambio, no ha podido prescindir del proletariado desde cuando, se deshizo de los lazos feudales, jurídicos, administrativos, económicos y políticos que no le permitían desarrollar la manufactura y luego la industria y no le permitían ampliar la masa de mano de obra necesaria para ese desarrollo: tenía que revolucionar la sociedad derrocando el poder político de la nobleza y el clero, para eliminar las mil divisiones entre feudos y provincias uniéndolas en un solo territorio nacional, con un solo gobierno, un cuerpo de leyes que tuviera vigencia en todo el territorio nacional, esencialmente, un poder político único.

Es gracias a la implicación del proletariado urbano y de las masas campesinas pobres como la burguesía ha logrado conquistar el poder político, derrocando el poder feudal o incluso al poder más antiguo, abriendo la sociedad al desarrollo capitalista. Este fue un paso decisivo en la historia, principalmente desde el punto de vista económico, y desde el punto de vista social y político, pero no desde el punto de vista de los grandes ideales de libertad, fraternidad e igualdad tan alabados por los himnos y propaganda de la clase burguesa.

Ninguno de estos ideales se ha realizado hasta ahora y, mientras

## COVID 19: un año de tremendas confirmaciones (viene de la pág. 5)

exista el régimen burgués, nunca se realizarán.

De los tres grandes ideales, el único que persiguió la burguesía, pero sólo parcialmente, fue el de la «libertad»: no la libertad de que todos los seres humanos vivan según sus necesidades e impulsos, sino la libertad de los burgueses para tomar posesión de los medios de producción, incluida la tierra, por la fuerza, y de su libertad para someter a una masa cada vez mayor de hombres despojados de todos los recursos de supervivencia al yugo del trabajo asalariado, reduciéndolos a pura fuerza de trabajo, equiparándolos a cualquier mercancía presente en el mercado donde domina la ley burguesa de la oferta y la demanda.

La «fraternidad» pasó a ser bendecida ya en la fase de la conquista del poder, poder que no compartía con ninguna otra clase social, ni con el proletariado ni con el campesinado; en todo caso, cuando el modo de producción capitalista estaba suficientemente arraigado para no desquiciarse en favor de modos de producción anteriores, el poder lo compartía con los nobles, con las jerarquías eclesiásticas, con los terratenientes que tenían, con ella, el interés común de defender un régimen basado en la propiedad privada y la explotación sistemática de la mano de obra asalariada.

Cuando no han sido apartados, como en la revolución burguesa francesa y la revolución proletaria rusa, los distintos reyes, príncipes, papas, obispos, imanes, continuaron y continúan parasitando la sociedad capitalista, cumpliendo, a cambio, la función clásica de narcotraficantes del opio de los pueblos que Marx atribuyó a la religión: la burguesía los usa para adormecer a las masas mostrándoles estatus sociales que nunca podrán alcanzar, pero que pueden admirar por los privilegios y el lujo en el que viven, lo que no les impide hacer uso al mismo tiempo de la democracia con la que engañar a las masas de poder gobernarse a sí mismas o de poder «elegir» a los gobernantes más idóneos...

En realidad, el antagonismo que, en el feudalismo, puso a diferentes clases (nobleza, clero, campesinos, burguesía urbana, proletariado) unos contra otros, no desapareció con la revolución burguesa, sino que se redujo sustancialmente al antagonismo entre burguesía y proletariado, las dos clases principales de la sociedad, antagonismo que está en la raíz de la revolución proletaria, de la de ayer como de la futura.

El desarrollo del capitalismo también ha desarrollado los factores de competencia entre empresas y entre estados, y esto ha provocado el choque entre ellos para apoderarse de los mercados de los bienes producidos: adiós a la «fraternidad» que la propia burguesía había elevado a gran ideal pero vaciado por completo de contenido; luz verde, por tanto, a la guerra comercial y, en consecuencia, a las guerras imperialistas.

El entorno burgués, que reafirma a cada paso las relaciones de propiedad privada a partir de las relaciones entre los seres humanos, llevando además el individualismo y la competencia entre los individuos a consecuencias extremas, es el entorno en el que la violencia para arrebatar la propiedad privada de otros o defenderla es el denominador común de toda relación, económica, política, social, personal.

En un régimen de propiedad privada, la «fraternidad» es tan imposible que la propia religión se sintió obligada a justificar su difícil conquista inventando la historia de Caín que, por envidia, mató a su hermano Abel.

Acabar con el régimen burgués y el sistema económico capitalista que lo apoya allanará el camino para una sociedad que no necesitará convertir sus ideales en engaños. La fraternidad será algo tan normal y natural que no será necesario idealizarla porque será el resultado de una armonía social que solo se puede alcanzar en una sociedad que habrá enterrado por completo las relaciones burguesas de producción y propiedad.

Por supuesto, para llegar a esa sociedad, que es el objetivo histórico de la lucha revolucionaria del proletariado a nivel internacional, es necesario pasar por la revolución, que es lo más autoritario que se pueda imaginar -como decía Engels en sus polémicas con los anar-

quistas-, a través de la violencia revolucionaria con la que la clase proletaria podrá oponerse y erradicar cualquier forma de opresión y violencia que aplique la burguesía para mantener su poder, sus privilegios sociales, sus ganancias.

«Igualdad» es una gran palabra, de alto poder moral, que recuerda una «justicia» divina presente en el origen del cristianismo que se oponía a todas las formas de esclavitud: todos los hombres son iguales ante Dios...: esta es la fórmula que todavía hoy se declama desde cada púlpito religioso.

Pero en la tierra, la desigualdad es la norma, y no solo y no tanto entre ricos y pobres, sino particularmente entre clases sociales. Cuanto más se desarrolla el régimen de libertad burguesa, más se hunde la sociedad en las desigualdades en una sociedad que no sólo se divide en las grandes clases sociales principales, burguesía y proletariado, sino que divide tanto a la burguesía como al proletariado en estratificaciones diferentes. Y mientras las condiciones generales de la sociedad no sean tan críticas como para producir una polarización de clases objetiva en los dos polos principales -de hecho, burguesía y proletariado - estamos destinados a presenciar una continua fragmentación de intereses particulares que tienden, especialmente en los países capitalistas ricos, para coagular en torno a fracciones organizadas, partidos, lobbies, grupos, clanes que intentan quitarse unos a otros porciones de poder y porciones del mercado, por todos los medios posibles, y sobre todo con medios ilícitos y criminales, como la crónica de cada país no hace más que poner de relieve continuamente.

### **A medida que avanzaba la pandemia de coronavirus, la burguesía pensaba en los miles de millones de ganancias frente a las decenas de millones de muertos**

En realidad, si la epidemia de SARS-CoV-2 se extendió rápidamente por todo el mundo, causando, según datos oficiales, decenas de millones de infecciones y más de un millón de muertes, es responsabilidad total de la clase dominante no burguesa.

Los chinos, que tardaron mucho en avisar a la OMS sobre el brote, pero que como todos los demás países, especialmente los occidentales que, en gran medida, con el pretexto de que era un virus «desconocido», se dejaron «sorprender» por esta nueva epidemia que, básicamente, afectaba sobre todo a los ancianos que, como sabemos, en la contabilidad burguesa ya no constituyen una fuerza de trabajo a explotar, sino un «lastre» para las arcas de la seguridad social.

Todas las personas mayores que mueren sin la jubilación completa son un ahorro para el estado. ¿Somos cínicos? No nosotros, es el Estado burgués, con todas sus ramificaciones locales, el que facilita sistemáticamente el empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de las masas proletarias y la sangría de los salarios de los trabajadores, sobre todo de los jóvenes, considerando a los trabajadores mayores como sin valor, reduciendo sistemáticamente sus pensiones. Si se les quita de enmedio por enfermedades que ya no son curables, o porque no tienen los recursos necesarios para ser tratados, mejor, significa que el estado ahorra dinero sin que se le culpe por dejar morir a los ancianos...

No se podía esperar que los gobernantes extrajeran de la experiencia de epidemias anteriores, y en particular de la de Sars-CoV-1 (también coronavirus), las lecciones que podrían haberse utilizado para equipar mejor los hospitales públicos existentes, modernizándolos y proporcionando ellos todos los medios necesarios para atender las emergencias de este tipo, para preparar mejor al personal de salud y aumentar su número, para apoyar adecuadamente a los médicos de familia y, en general, a la medicina local porque es el primer frente en el que impactan los pacientes, y para hacer que los laboratorios de análisis sean más eficientes y los resultados de las pruebas más rápidos. Pero todo esto, y todo lo relacionado con la prevención y tratamiento de enfermedades, constituye un costo, y en esta sociedad los costos deben estar justificados por las ganancias que se puedan obtener; de lo contrario, deben reducirse los costos. Y eso es exactamente lo que sucede en la realidad. El Estado burgués está dispuesto a repartir medallas a los «héroes» del momento, a aquellos que en la práctica se ven obligados o se sienten obligados a compen-

sar individualmente todas las deficiencias de la salud pública, en cuanto a jornada laboral, estrés, riesgos de vida, de su propia salud, pero actúa en nombre de intereses generales que nada tienen que ver con la salud de *todos los* ciudadanos. El estado burgués es ante todo garante del interés capitalista, no de la salud pública; y si dedica atención y recursos a la salud pública, pero nunca la atención y los recursos realmente necesarios para su cuidado, es solo en función de la paz social, en función del control social gracias al cual la población, y sobre todo el proletariado, vienen dirigidos a comportarse en el trabajo y en la vida diaria de acuerdo con las necesidades de su Majestad el Capital.

Se han escrito miles de libros (2) y tratados sobre epidemias y pandemias, se han realizado innumerables conferencias, estudios, investigaciones, se han distribuido premios formales y se han otorgado los más altos honores a epidemiólogos, virólogos, especialistas en enfermedades infecciosas, científicos de todas las disciplinas. La «comunidad científica», como les gusta llamar a los burgueses al grupo de élite de científicos que, en su mayor parte, han hecho su fortuna personal atándose de manos, pies y cerebro a las grandes empresas químico-farmacéuticas, convirtiéndose así en sus portavoces, en realidad, en un arma en manos de los capitalistas más poderosos que son los que pueden poner a su disposición, o quitarles, los miles de millones necesarios para iniciar y continuar determinadas investigaciones, montar institutos y equipar laboratorios que, además de investigar, también se ocupan de la estadística y el marketing, apuntando, obviamente, a la producción de drogas, su propaganda y su venta.

La anterior epidemia de coronavirus, Sars-CoV-1, se propagó entre noviembre de 2002 y 2004 principalmente en China continental, y en Hong Kong, Taiwán, Singapur, Canadá y en otros 24 países, con muy pocos casos de contagio, pero con una letalidad preocupante. (de media un 9,6%, alcanzando picos del 17 y 21% en Hong Kong y Taiwán, territorios que tienen relaciones muy estrechas con los países occidentales y no pueden ser acusados de mantener oculto este tipo de información).

Al parecer, esa experiencia, como tantas otras anteriores, no sirvió de nada, dada la falta de preparación general mostrada ante la nueva epidemia de otro coronavirus, el Sars-CoV-2.

Sin embargo, hay representantes de la clase burguesa dominante que tienen en cuenta estas experiencias, y cómo, y con fines muy concretos. El ejemplo lo ha dado desde tiempos lejanos la Fundación Rockefeller y hoy también la Fundación Bill & Melinda Gates con sus proyectos basados en simulaciones muy precisas, por ejemplo de pandemias de coronavirus (3). El propósito de estas simulaciones era y es evidente: preparar a la clase dominante burguesa para situaciones de emergencia absoluta, muy similares a las situaciones de guerra mundial. Por tanto, preparar a la clase dominante para afrontar estas situaciones sabiendo que no puede prevenirlas ni evitarlas, pero de las que debe intentar salir con el menor daño posible al sistema económico general y, en particular, mientras sufre importantes colapsos económicos y financieros, prepararlo para aprovechar todas las oportunidades para salvar la élite económica-financiera y política- militares, que tendrán la tarea, en cuanto termine la emergencia, de reiniciar el sistema económico. El objetivo sigue siendo el mismo para todo imperialismo: lograr una nueva división de los mercados mundiales de acuerdo con las necesidades de los polos imperialistas más poderosos y extender el control social, sobre todo el planeta, capaz de mantener a raya a las masas proletarias más combativas e intolerantes. reprimiendo todo levantamiento y todo movimiento social que pudiera desencadenar levantamientos y revueltas civiles.

### ¿En qué perspectiva debe moverse el proletariado?

Los proletarios no tienen nada que esperar de la clase dominante burguesa de la permanencia de sus condiciones de sometimiento al poder económico y político, condiciones que son la base de su esclavitud a un régimen que tiene la tarea de defender la continuidad del sistema económico capitalista, el dominio del mercantilismo y la explotación del hombre por el hombre.

Rebelarse por acabar con estas condiciones cada vez más opresi-

vas es más que natural. Luchar contra los patrones que viven y se enriquecen en estas condiciones de explotación en detrimento de toda la humanidad también es bastante natural. Pero rebelarse incluso violentamente, como siempre ha ocurrido en la historia de las luchas de clases, no fue ni es suficiente, porque los regímenes de clase que han existido hasta ahora toman en cuenta que la fuerza y la violencia que utilizan para establecerse y resistir en el tiempo genera fuerza y violencia contraria, por eso están preparados para afrontarlo. Lo que debe cambiar fundamentalmente es el sistema económico básico sobre el que se han construido los regímenes burgueses, y un cambio tan radical solo puede ocurrir a través de una revolución política y social, como ha demostrado la historia. Pero la revolución política y social no es una preparación de laboratorio, no es el resultado de la voluntad de algún grupo conspirador, ni mucho menos producto de un movimiento espontáneo de masas. La espontaneidad con la que las masas oprimidas se rebelan ante condiciones intolerables de vida es el elemento natural de la vitalidad de un movimiento social, pero está destinado a ser estéril, o incluso contraproducente, si no se educa, se educa y se prepara para transformarse en una fuerza subversiva eficaz, capaz de superar todos los obstáculos que las clases dominantes colocan entre ellas y las masas, bajo la dirección de una guía especial que posee el conocimiento del movimiento histórico de las fuerzas productivas, de las causas materiales que ponen en marcha las fuerzas sociales y su movimiento y de los objetivos que estos movimientos expresan objetivamente gracias al desarrollo económico y social que ha tenido lugar. Esta guía especial es el **partido de clase del proletariado**, el partido basado en la única teoría revolucionaria capaz de predecir el curso histórico del desarrollo de la lucha de clases.

Si no tuviera esta capacidad predictiva no sería una teoría revolucionaria, sino una entre las muchas teorías que la cultura burguesa produce con cada modificación superficial del curso de desarrollo del capitalismo. La teoría revolucionaria es única, el programa revolucionario es único, el partido de clase que se funda en ellos debe ser único.

La actual crisis de salud mundial ha puesto de relieve aún más las muy fuertes contradicciones que caracterizan a la sociedad burguesa y aunque, en cada país, los respectivos gobiernos intentan transmitir la idea de que el mismo sistema económico y social que genera constantemente crisis, pobreza, hambre y guerras, es capaz de remediar el gigantesco daño que causa, los hechos demuestran lo que los comunistas, desde Marx y Engels en adelante, siempre han previsto: *¿Con qué medios supera la burguesía las crisis? Por un lado, con la destrucción forzosa de una masa de fuerzas productivas; por otro, con la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. Entonces, ¿por qué medios? Preparándose para crisis más generales y violentas y reduciendo ellos mismos los medios para prevenir las crisis* (4).

Para el burgués, la salida a las crisis generadas por el sistema económico y social capitalista debe buscarse siempre en las «vacunas» particulares, pero, como ocurre en el campo médico-sanitario, también ocurre en el campo económico y social: incluso la supuesta vacuna, contra tal o cual infección viral sigue la ley económica vigente, por lo tanto está sujeta a la ley del beneficio capitalista como cualquier otra actividad. Y la ley del beneficio capitalista es exactamente la que provoca las crisis económicas y financieras que afectan cíclicamente a la sociedad.

La crisis económica, que es la enfermedad a tratar, está provocada por la sobreproducción de bienes porque es ésta la que genera el atasco de los mercados y, por tanto, la crisis económica. La producción capitalista se convierte en sobreproducción y, al bloquear los mercados, se bloquea a sí misma, enfermando a todo el sistema económico. Para curar esta enfermedad, la burguesía debe destruir una parte sustancial de las fuerzas productivas, para dejar espacio para la reanudación de la producción de bienes que, a su vez, en un tiempo cada vez más corto, volverá a obstruir los mercados, incluso si mientras tanto, se han conquistado nuevos mercados y se explotan más intensamente los antiguos. Una crisis se superará preparando los factores para la próxima crisis que será progresivamente más generalizada y violenta. Tal como está escrito en el *Manifiesto* hace ciento

## COVID 19: un año de tremendas confirmaciones

(viene de la pág. 7)

setenta y dos años.

No hay ningún medio burgués capaz de curar de una vez por todas las enfermedades que produce la misma sociedad burguesa; hay remedios, sí, pero son peores que las enfermedades porque agravan la situación general.

La clase burguesa no es sólo la beneficiaria exclusiva del capitalismo, también es la guardia armada del capitalismo; está al servicio del modo de producción capitalista que se basa en la explotación de la mano de obra asalariada por el capital. El capital es propiedad de los capitalistas, la fuerza de trabajo es propiedad de los proletarios. Para privar a los capitalistas del poder de explotar la fuerza de trabajo y apropiarse de toda la riqueza social producida, es necesario quitarles de las manos el poder político y militar con el que defienden su poder de clase, un poder que nunca dejarán sin luchar con todos los medios a su alcance y con toda la violencia que estimen necesaria.

La lucha entre clases nunca es una lucha de ideas, una lucha pacífica: es una lucha por la vida o la muerte de una u otra clase. La historia ya ha demostrado que la burguesía nunca dejará el poder pacíficamente, quizás ante un resultado electoral que la ponga en minoría.

Socialmente siempre ha sido minoría, pero eso no le ha impedido, precisamente por las relaciones de producción y propiedad establecidas por la revolución burguesa, dominar a toda la sociedad, inclinando a la mayoría a sus intereses, a sus necesidades de clase, a sus deseos.

Por tanto, los proletarios se encontrarán, en un determinado momento del desarrollo de las contradicciones sociales y crisis capitalistas, ante una encrucijada: o luchar para acabar de una vez por todas con la explotación capitalista y con todas las violentas contradicciones que esta explotación conlleva, o inclinarse ante las demandas del sistema capitalista, reduciéndose a señalar a través de papeletas y sin luchar, qué clan de políticos burgueses se encargará, durante un cierto período de años, de explotarlos, oprimirlos, matarlos de hambre, enviarlos a morir por sus guerras.

Nosotros, un pequeño grupo compacto que creemos firmemente en la teoría del comunismo revolucionario, es decir, en la teoría marxista original, agarrados fuertemente de la mano, como dijo Lenin en su *¿Qué hacer?* - seguiremos trabajando para preparar el partido de clase que mañana necesitará el movimiento de clase del proletariado, un partido que sólo puede ser internacionalista e internacional y cuya tarea es y será educar, influir y organizar al proletariado para sus tareas revolucionarias de clase. Una tarea muy difícil, por supuesto, y que muchos ex marxistas han abandonado, prefiriendo adormecerse en la ilusión de cambiar el mundo con el solo ... poder del pensamiento ..., pero indispensable porque la historia no ofrece más soluciones que el salto revolucionario de la sociedad dividida en clases a la sociedad sin clases, a la sociedad de las especies, en una palabra, al comunismo.

### Partido comunista internacional

31 de diciembre de 2020

(1) Véase La carga de las vacunas: atacar el virus, «el viernes», 24.12.2020. Con las más conocidas Pfizer-BioN-tech, Astra-Zeneca, Moderna, Johnson & Johnson, las chinas Sinopharm y Sinovac, la india Bharat Biotech, la rusa Gamaleya (para la vacuna llamada Sputnik V), son 58 las empresas farmacéuticas que se han propuesto producir, con diferentes tipos de método, vacunas hechas específicamente para combatir el Sars-CoV-2. Cada una de estas empresas farmacéuticas reivindica la eficacia de su vacuna entre el 60 y el 95%, administrando dos dosis en momentos diferentes o media dosis a la vez, después de iniciar pero no terminar una serie de pruebas en humanos, pero sin saber qué reacciones negativas pueden tener o qué alergias pueden provocar. Otros 164, en cambio, han hecho y hacen pruebas en animales de las que obviamente esperan sacar elementos para perfeccionar otro tipo de vacunas.

(2) Un libro muy bien documentado sobre epidemias titulado Spillover. The evolution of pandemics, de D. Quammen (publicado

por primera vez en 2012 y cuyo título original era Spillover. Las infecciones animales y la próxima pandemia humana por W. W. Norton & Company, Inc.), publicado por Adelphi Edizioni, Milán 2017. Spillover significa «salto de especie», es decir, lo que ocurre cuando un agente patógeno (virus, bacteria u otro microorganismo) pasa de una especie huésped a otra, ya sea de un animal a otro, o de un animal a los seres humanos, como en el caso de los coronavirus y la mayoría de los virus. La bibliografía que acompaña a este libro cita a más de 300 autores de las más diversas disciplinas, cuyos trabajos están recogidos en las revistas más prestigiosas como The Lancet, Science, Nature, y por las distintas Academias de renombre mundial. En este caso, la «comunidad científica» mundial está bien representada.

(3) Véase el artículo Desigualdades y lucha de clases, «el comunista» n. 166, diciembre de 2020, en el que se informa también de la actividad de la Fundación Bill & Melinda Gates y de su iniciativa, denominada «Evento 201» -lanzada en octubre de 2019-, en la que se simuló una epidemia causada por un nuevo coronavirus, tipo Sars, transmitido de los murciélagos a los cerdos y de estos a los seres humanos, dando lugar a una grave pandemia que en 18 meses causaría 65 millones de muertes en todo el mundo. Esta iniciativa exigía que se investigara la producción de vacunas contra el Sars, por un importe de miles de millones de dólares. De hecho, el Sars-CoV-1 ya había proporcionado pruebas sobre la base de las cuales era fácil hipotetizar que una pandemia del mismo tipo se repetiría dentro de diez a veinte años. El escenario hipotetizado ya en mayo de 2010 por la Fundación Rockefeller (en su documento titulado Escenarios para el futuro de la tecnología y el desarrollo internacional), anticipando el siguiente escenario hipotetizado por Bill y Melinda Gates, partía de una pandemia causada por una nueva cepa de gripe, extremadamente virulenta y letal, transmitida de los gansos salvajes a los humanos, y preveía la infección del 20% de la población mundial y la muerte de 8 millones de personas en sólo 7 meses, la mayoría de ellas adultos jóvenes y sanos. El efecto devastador de esta pandemia en la economía mundial fue evidente, con todas las medidas restrictivas, los cierres repentinos de sectores industriales enteros y el desarrollo de la tecnología, especialmente la informática, no sólo para permitir a los gobiernos controlar y vigilar a sus ciudadanos, sino también para cambiar la forma de trabajar de las empresas, especialmente en la administración, la contabilidad, las relaciones con los proveedores, mediante el teletrabajo y el trabajo inteligente, aumentando así el aislamiento de cada trabajador de sus compañeros y ahorrando una serie de costes fijos.

(4) Ref: Marx-Engels, Manifiesto del Partido Comunista, § Burgueses y Proletarios, Ediciones Progreso.

### Dónde puedes encontrar ‘EL PROLETARIO’

**Librería Primado**  
Avda. Primado Reig 102  
46010 - Valencia

**Enclave de Libros**  
C/ Relatores, 16, 28012 -  
Madrid

**La Rosa del Foc**  
C/ Joaquim Costa 34 bj  
28001 - Barcelona

**Librería Sandoval**  
Plazuela del Salvador, 6,  
47002 - Valladolid

Para leer todas las tomas  
de posición del partido  
visita nuestro sitio:

**www.pcint.org**

### Correspondencia:

**Para España:** Apdo.  
Correos 27023, 28080  
Madrid

**Para Italia:** Il Comunista,  
CP 10835, 20110 Milano

**Para Francia:**  
Programme, BP 57428,  
69347 Lyon Cedex 07

**Para Suiza:** Para  
contactar, escríbete a la  
dirección de Lyon

### Puntos de contacto

**Madrid:** para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico:

**elprogramacomunista@pcint.org**

**Valladolid:** Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).